

MANUEL F. FERNÁNDEZ CHAVES
RAFAEL M. PÉREZ GARCÍA
(coords.)

MOVILIDAD, INTERACCIONES
Y ESPACIOS DE OPORTUNIDAD
ENTRE CASTILLA Y PORTUGAL
EN LA EDAD MODERNA



Sevilla 2019

ÍNDICE

Prólogo, por Ofelia Rey Castelao.....	9
Introducción, por Manuel F. Fernández Chaves y Rafael M. Pérez García	17
Ignacio González Espinosa, <i>Andalucía como foco receptor de la población portuguesa (1580-1640). Distribución espacial y perfiles socioeconómicos</i>	21
Lucía Andújar Rodríguez, <i>Migraciones y redes: el caso de Sevilla a fines del siglo XVII</i>	41
Juan José Iglesias Rodríguez, <i>Espacios conectados. Portugueses en la bahía de Cádiz en el siglo XVIII</i>	75
Maria Marta Lobo de Araújo, <i>Galegos no noroeste de Portugal: trabalho e assistência na Idade Moderna</i>	99
Alexandra Esteves, <i>A presença galega no Alto Minho nos finais do Antigo Regime: entre a marginalidade e a assistência</i>	119
Rafael M. Pérez García y Manuel F. Fernández Chaves, <i>Movilidad de los esclavos en el espacio atlántico ibérico del siglo XVI</i>	141
Paula Valverde Barneto, <i>La esclavitud en la Sevilla del siglo XVI: crecimiento natural e importación de esclavos</i>	167
Eduardo França Paiva, <i>Un panorama de la esclavitud en las áreas de minería del Brasil en el siglo XVIII. Las Minas Gerais</i>	183

Fernando Pessanha, <i>A Andaluzia na Expansão Portuguesa em Marrocos: Espaço de mobilidade e oportunidade nos alvares da Idade Moderna</i>	209
José Manuel Díaz Blanco, <i>El mundo de los comerciantes portugueses: ámbitos domésticos, cultura escrita y negocios globales en el siglo XVII</i>	231
João de Figueiroa-Rego, <i>Mobilidade dos agentes do tabaco entre Portugal, Madrid e outras regiões de Castela (século XVII)</i>	253
Maria Antónia Lopes, <i>Manuel Soares de Oliveira, assessor e auditor do governador das Filipinas e benfeitor da Misericórdia de Coimbra (1598-1675)</i> ...	275

PRÓLOGO

OFELIA REY CASTELAO

Universidad de Santiago de Compostela

Hacer un prólogo es siempre un honor y en este caso lo considero y aprecio de un modo especial por cuanto la invitación procede de dos investigadores a los que he visto crecer académicamente desde su etapa predoctoral hasta su joven madurez actual. Inscritos en un marco ideal de trabajo, la ciudad de Sevilla, tan rica en archivos; una universidad, la Hispalense, referente docente e investigador, y un departamento, el de Historia Moderna, en el que han podido beneficiarse de maestros de reconocido prestigio, Manuel Fernández Chaves y Rafael Pérez García han sabido crear un tándem ya bien conocido en torno a líneas temáticas propias y combinadas. En esta colaboración en la que ambos mantienen su identidad, han desarrollado un proyecto de investigación común y han iniciado una andadura de actividades de intercambio que heredan una asentada práctica de su departamento añadiendo ámbitos de interés nuevos o renovados. Por todo esto, es una gran satisfacción colaborar en la presentación de esta obra colectiva de la que los dos son editores y que en origen deriva de un coloquio internacional convocado en Sevilla bajo la idea de estudiar la movilidad y los intercambios hispano-portugueses durante la Edad Moderna.

Las relaciones entre las monarquías hispana y portuguesa cuentan hoy en día con una abundante bibliografía, no solo de investigadores españoles y portugueses, sino de otros ámbitos historiográficos —en especial, el francés— interesados tanto por el período de unión de las dos coronas como por el antes y el después. No obstante, la innegable importancia de la dimensión política de esa relación se ha sobrepuesto a las demás casi sin excepción y ha favorecido que la atención se centrara en la Península mucho más que en los territorios de

ambos imperios coloniales. Si fuera de eso tenemos que señalar lo que se conoce mejor sin duda diríamos que los grupos mercantiles o financieros, sobre todo los de condición judeo-conversa; el papel de la Inquisición de los dos lados de la frontera; el contrabando, en la medida en que este se ha dejado estudiar hasta ahora, y los contactos entre las elites.

El desarrollo que en época reciente han alcanzado algunos de esos y otros aspectos tiene mucho que ver con una comunicación cada vez más fácil entre los investigadores de ambos países, propiciada por la fluidez de los contactos, los encuentros en foros internacionales y en proyectos conjuntos, la apertura de nuevos fondos documentales accesibles en internet y, sobre todo, la convergencia en los modos de entender y de hacer la historia, después de un tiempo largo en el que cada país miraba para sí mismo y, en el plano teórico, en direcciones diferentes, Portugal hacia el mundo anglosajón y España hacia el francés e italiano. Las generaciones más jóvenes han superado antiguas barreras y tradiciones historiográficas, como se constata en este libro, cuyos autores y autoras proceden en número similar de cada país y reúnen la juventud de muchos con la experiencia de otros.

Es tarea de los editores hacer una presentación de los objetivos del libro y de sus diferentes capítulos, por lo que voy a limitarme a señalar unos cuantos aspectos y luego haré algunas reflexiones sobre el ámbito de estudio que la obra aborda, para animar a los editores a seguir avanzando. En lo primero, señalaré que esta obra contribuye a rectificar el déficit existente en todo lo referente a los intercambios humanos entre Portugal y España y dentro de sus respectivos imperios o entre estos. El volumen de datos de los que disponemos, procedentes de una bibliografía que aparece citada en los diversos capítulos de este libro, no es despreciable y al menos sirvió hasta ahora para hacernos una idea de la importancia que tuvieron las migraciones transfronterizas. Pero los trabajos que aquí se presentan revelan una nueva perspectiva de las dimensiones que tuvo, por ejemplo, la presencia portuguesa en Andalucía, que es preciso seguir midiendo y analizando, completándola con estudios sobre más ciudades y sobre pueblos y prolongar la observación en el tiempo para que llegue un momento en el que se pueda describir el marco general.

Otro aspecto a subrayar es la variedad y complementariedad de los espacios: desde el Norte de Portugal al Sur español, de Marruecos a Filipinas, se abordan los espacios ibéricos y sus prolongaciones ultramarinas desde África a extremo Oriente, algo ciertamente inusual. La extraordinaria fundación testamentaria hecha desde Manila a favor de la Misericordia de Coimbra por un acaudalado portugués al servicio de la monarquía hispánica después de la separación de ambas coronas, es todo un símbolo de la mundialización de los recursos y de las solidaridades, como lo son los activos grupos de comerciantes portugueses asentados en Sevilla que, mediante su inserción en amplias redes de relación, participaban en “la historia conectada” de la que la ciudad

era gozne; o lo eran, sin saberlo, los agentes del trato de tabaco, negocio basado en un producto exótico y en un tráfico transfronterizo que implicaba una movilidad discreta que ha marcado la relación entre Portugal y España hasta hace muy poco tiempo. Pero también la mundialización de la miseria y el mercado de seres humanos que revelan la magnitud del negocio esclavista, y el trato espurio de una población marginada, cuyas cifras resultan sorprendentes cuando se habla de Andalucía y de Portugal y no de América.

En el otro extremo, los contactos entre espacios mucho más próximos pero diferentes entre sí: el trasiego de gentes del común, largo y numeroso de Norte a Sur, asistemático y minoritario del Sur al Norte, entre espacios castellanos como Galicia y Andalucía, que compartían la condición de territorios periféricos dentro de una misma unidad política, la Corona de Castilla, y dentro de Portugal, del Minho a los puertos y en especial a Lisboa. Mientras ambos reinos estuvieron unidos, entre 1580 y 1640, el contacto estuvo facilitado por la neutralización de la frontera. Pero antes y después, la frontera adquirió protagonismo político y el paso de un lado al otro cambió su calificación: la implantación de los pasaportes en Portugal en 1761 subrayó ese cambio, por muy difícil que fuera controlar los movimientos a su través.

La dificultad intrínseca al estudio de la movilidad y de las migraciones ha desanimado a los investigadores, que en los años ochenta y noventa del siglo pasado intentaron abordarlo como complemento necesario de los análisis demográficos estructurales. No es que se hubieran rendido ante la falta de fuentes documentales —como se puede ver en este libro, las hay y son abundantes y variadas— sino ante la dificultad de su tratamiento y ensamblaje, por ser fragmentarias, discontinuas en el tiempo e inconexas en el espacio, y por la complejidad metodológica de hacer un análisis comparativo y de responder a preguntas clave como cuál era la dimensión de los trasvases transfronterizos —en gran parte silenciosos o discretos, incluso invisibles—; si estos eran temporales o permanentes —matizando que cualquier migración se prevé temporal y puede terminar siendo definitiva por asentamiento o por muerte de quien la protagonizaba—; si eran fluidos o si se veían interrumpidos por factores políticos o de orden militar —en este caso, no tanto por efecto de la guerra como por la huida de levas y llamamientos a filas—; a qué sectores socio-económicos afectaban —incluyendo en estos la presencia femenina, escasa pero nunca irrelevante— y las causas y consecuencias de la movilidad del lado a otro de la frontera, al lado de factores más clásicos que forman parte de la movilidad humana.

El libro demuestra que las fuentes documentales disponibles son mucho más variadas y ricas de lo que a priori pudiera parecer: son textos cronísticos los que han permitido constatar y observar la presencia y participación de andaluces en la conquista de Marruecos; los registros de las Misericordias, instituciones asistenciales portuguesas por antonomasia, y los registros de los hospitales hispalenses son esenciales en los capítulos dedicados a la detección

de inmigrantes; la documentación judicial penal lo es también en lo referente a la movilidad relacionada con lo delictivo —por ejemplo, los gallegos emigrados a Portugal—; los protocolos notariales —ya sean testamentos conteniendo fundaciones o cualquier otra escritura de cualquier naturaleza— ofrecen datos sociales imprescindibles; una fuente excepcional, la pesquisa de 1615-18 realizada con fines fiscalizadores, da una imagen que no se puede alcanzar mediante documentación privada, tan escasa en todas partes; los registros parroquiales, esencia misma de la demografía histórica, son y serán siempre la clave para conocer la movilidad y las migraciones, ya sean voluntarias, ya forzadas, como las de esclavos que aparecen en el libro; también de índole clásica, los expedientes matrimoniales, los padrones y censos se apoyan entre sí para corroborar, por ejemplo, las cifras que dan a los portugueses una presencia muy significativa en Sevilla antes de 1640.

Cada fuente manejada en esta obra da una imagen diferente de los intercambios —y aporta cifras que en algunos casos resultan sorprendentes—, por cuanto, si bien se intuía la fuerza de algunos trasvases fronterizos, se ignoraba su verdadera magnitud. La migración portuguesa a Andalucía se revela urbana y capilar, aunque centrada en Sevilla, en cifras muy elevadas mientras duró la Unión de los reinos; los portugueses llegaban para volver a su tierra, pero muchos se quedaban, naturalizándose unos pocos y otros casándose con mujeres autóctonas. Eran hombres en su inmensa mayoría, llegados de adolescentes con sus padres y, en la medida en que era migración familiar, también incluía a mujeres; esos portugueses llegados a Sevilla era artesanos, hombres de mar o carecían de empleos cualificados. Pero esa presencia disminuye y cambia después de la Restauración hacia una migración con destino rural: de hecho, en el siglo XVIII los portugueses ya no eran numerosos en los núcleos portuarios del arco gaditano o en el Puerto de Santa María, pero sí lo eran en los campos de Utrera, a donde llegaban miles de temporeros del Norte de Portugal para ocuparse en tareas agrícolas. Por entonces, Portugal había vuelto a ser —tras un largo vacío durante la guerra y después de esta— un destino fundamental para los gallegos, que trabajaban en los viñedos del Duero o en las ciudades portuarias (Lisboa, Porto), o pasaban por Portugal para llegar a la Andalucía occidental, un penoso viaje a pie durante el que aprovechaban todas las oportunidades de trabajo. Se trataba en ambos casos de una emigración económica, pero incluía a hombres que huían de las levas o bien de las autoridades, por haber incurrido en actividades delictivas —así lo demuestra la documentación judicial portuguesa— y a muchos que emplearon Cádiz para ir a América. Se trataba de movimientos intensos de campesinos —los más— y artesanos que tomaban el camino de la emigración con orígenes distintos —rurales sobre todo, pero también de pequeños núcleos urbanos— y ritmos distintos —estacionales, polianuales—, en etapas distintas de la vida —antes o después de casarse— y, como se ha dicho, con objetivos distintos, aunque mayoritariamente económicos.

Está por hacer el estudio del medio cultural en el que esos movimientos trans-fronterizos se incardinaron, los préstamos entre las comunidades receptoras e inmigrantes, los “encuentros” y/o “desencuentros” entre Portugal y los demás territorios peninsulares donde en la Edad Moderna hubo un intenso y habitual intercambio humano. Mediante las diversas formas de migración, ese intercambio se produjo en todo momento en términos desiguales: por ejemplo, el Portugal del Norte enviaba al sur del país —y a Andalucía— un enorme número de emigrantes procedentes de un mundo rural de hábitat disperso y sin apenas noción de lo que era una ciudad, a núcleos urbanos o a grandes pueblos. Miles de hombres criados en una cultura oral pasaban a trabajar en zonas muy alfabetizadas y traspasadas por lo escrito. Lo mismo, pero con mayor intensidad, sucedía con los gallegos que iban a Portugal o bajaban a la Andalucía occidental. Con la salvedad de los trabajos estacionales en las zonas cerealeras o vitícolas, en la mayor parte de los casos se trataba de trasvases campo-ciudad que implicaban un radical cambio de ambiente. La emigración temporera implicaba que a su retorno, los emigrantes de extracción popular volvían a su tierra con formas de vida, hábitos y costumbres que actuaban como diluyentes en su medio socio-cultural de origen; incluso, si se trataba de grupos laborales especializados desplazados en cuadrillas —canteros, pedreros, mamposteros o carpinteros— portaban consigo experiencias visuales y modelos artísticos. Es decir, con experiencias individuales y percepciones subjetivas, retornaban a sus casas o se comunicaban con sus vecinos, cargados de información procesada y asimilada, sin la formalidad de lo escrito, lo que dificulta de modo extraordinario su estudio.

13

En el libro se dan algunos datos relativos a que los portugueses llegados a Sevilla antes de 1640 estaban menos alfabetizados que los inmigrantes de otras procedencias pero más que los de sus zonas de partida. Un siglo después, en Galicia, las zonas de emigración estacional, poli-anual o definitiva a Andalucía, Portugal y, ya, a América, tenían tasas de alfabetización más elevadas que las zonas poco migratorias. Pero no es fácil saber si se emigraba más porque a más alfabetización, más información, o si la alfabetización era resultado o consecuencia de la emigración —por ejemplo, a través de las fundaciones de escuelas hechas por emigrados enriquecidos, como sucede en la segunda mitad del XVIII—, o de la toma de conciencia de que leer y escribir eran las únicas vías para la prosperidad y el éxito. No se trataba de un efecto directo sino indirecto: por un lado, los emigrantes que alcanzaron éxito económico o social sirvieron de ejemplo y acicate y, por otro, la emigración estacional o polianual activaba los resortes del intercambio y aceleraba la difusión de información.

Obviamente, la mayoría de los emigrantes que aparecen en este libro, no prosperaron sino que se limitaron a obtener recursos para ir tirando, para pagar deudas o para comprar alguna tierra en sus lugares de origen. No en vano, al carecer de cualificación, los nichos laborales en los que pudieron incluirse eran

duros y de remuneración escasa. En este sentido, cabe señalar que los portugueses presentes en la Sevilla de fines del siglo XVI y comienzos del XVII, tenían un componente artesanal y de trabajos relacionados con el mar, mayor que los portugueses y gallegos llegados en el siglo XVIII a los campos de Utrera o desplazados a los puertos (Lisboa sobre todo, Porto en segundo lugar): eran jornaleros agrícolas en el campo y en los viñedos, obreros manuales en los puertos, servidores domésticos —lacayos, porteadores—, artesanos de oficios humildes —canteros, albañiles, zapateros, carpinteros—, aguadores, maleteros, mozos de cuerda, vendedores ambulantes, taberneros, ... es decir, en su inmensa mayoría hacían trabajos de fuerza, y muchos eran tan pobres que se refugiaban en las instituciones asistenciales solo para comer y descansar unos días.

Se puede partir de una evidente relación y de un mutuo conocimiento entre los dos lados de la frontera, pero esto no está nada claro a través de las fuentes de las que disponemos: más bien, los datos apuntan a que los sectores sociales mayoritarios de ambos territorios se ignoraron en cuanto tales. La razón radica en que, como estado con su propia monarquía, Portugal miraba hacia el Este (Castilla y Madrid) y como potencia colonial, hacia el Oeste (América) o al Sur (África). Incluso, con el poder económico y político concentrado en Lisboa, era un país que olvidaba y menospreciaba a su propio Norte: para los portugueses del Sur, los del Norte eran objeto de burla y se les aplicaban diversos insultos que se dedicaban a los gallegos por parte de los portugueses septentrionales. En Portugal se formó una idea de Galicia basada precisamente en que los inmigrantes gallegos se ocuparon en oficios no cualificados, de fuerza y mal pagados, los mismos, por cierto, que hacían en Andalucía, lo que también los convirtió en motivo de burla porque parecía que hablaban portugués; paradójicamente, en el teatro y en la literatura portugueses, el habla de los personajes gallegos era un recurso humorístico, es decir, aún pareciéndose mucho el portugués y el gallego, los dos idiomas tienen diferencias fonéticas, lo que favorecía el uso burlesco de ese último en Portugal y quizá del portugués en Andalucía.

Del lado español, la imagen de los portugueses inmigrados, con independencia de sus ocupaciones y de su nivel de riqueza, estaba teñida de anti-judaísmo: en las fronteras era fuerte la vigilancia de la Inquisición, concentrándose allí el mayor número de familiares, pero el discurso anti-portugués se traspasó a las crónicas y a la literatura. Después de 1640, esa imagen estaba cuajada de lugares comunes y de elementos negativos, derivados tanto de la guerra de Restauración como del alejamiento mutuo. En el siglo XVIII se fueron añadiendo prejuicios difíciles de descartar que se aplicaron a los emigrantes que iban a Portugal y retornaban a su tierra: determinadas elites —cortesanas y regionales— se pronunciaron al respecto de que volvían contagiados de costumbres y hábitos que consideraban “corrosivos”. Dado que eran muy abundantes las huidas de prófugos de las levadas militares, el trasvase entre ambos

territorios se conceptuaba como un mal político; no solo su persecución era casi imposible, sino que eran las propias familias y comunidades las que los ocultaban, sin que la población tuviese idea de que esto supusiera traición o desertión. Sucedió algo parecido con los delincuentes trans-fronterizos, que cruzaban de un lado a otro con notable desparpajo debido a la connivencia de los sectores populares. Las clases acomodadas y rentistas veían tanto en esa migración de prófugos y, sobre todo, en la de tipo laboral como un mal económico, en lo que hubo total unanimidad: se perdía mano de obra y capacidad de detracción de rentas y de pago de impuestos en beneficio de otro país, enemigo por lo general. A esto se añadía la traición socio-cultural: no es baladí citar a este respecto el fuerte debate entre los defensores del idioma castellano y los del portugués, y entre los de este y del gallego, tanto en el siglo XVI como en el XVIII, ya que de la lectura de los autores que se ocuparon del origen y cualidades de cada idioma destilan tópicos raciales, culturales y sociales que demuestran el arraigo del prejuicio.

En fin, son facetas importantes que merecen nuevos estudios. Manuel Fernández Chaves y Rafael M. Pérez García están en situación académica e investigadora asentada y para avanzar en la tarea iniciada con tan buen pie. Los estudios publicados por los dos en colaboración o a título individual revelan la variedad de sus temas —los judeo-conversos, los esclavos, los moriscos, los inmigrantes extranjeros, los mercaderes destacados, o la trata negra y la presencia económica portuguesa en Sevilla— y el dominio de la ingente información que los archivos custodian sobre el que se aborda en este libro. Los autores que han concurrido a su convocatoria en las páginas que lo componen han asumido la tarea de darle cuerpo a sus objetivos.